

## CAPÍTULO IV

# El campo léxico, ¿talón de Aquiles de la lexicología?

### 4.1. Pequeña reseña histórica. La variedad interpretativa de los campos léxicos.

Trier y Weisgerber

Vamos a dedicar este capítulo a la estructura léxica más significativa y, a su vez, más discutida de la semántica léxica. Todos tenemos una noción intuitiva de lo que es un campo léxico a partir de nuestra idea básica de lo que es la sinonimia, pues nos damos cuenta de que las palabras pueden asociarse conceptualmente. La cuestión básica está en determinar cuál es la naturaleza de estas asociaciones léxicas para que se organicen conformando un todo desde el punto de vista del plano del contenido.

La teoría del campo léxico supone uno de los aspectos más complejos y discutidos de la teoría semántica, aunque hay cierto acuerdo en reconocer que se trata de una verdadera revolución en el estudio léxico. Vamos a revisar ahora, siquiera sucintamente, la repartición léxica dentro de un contenido nocional continuo. Para empezar, conviene distinguir bien entre CAMPO LÉXICO y CAMPO CONCEPTUAL. Es evidente que existen campos conceptuales de diverso tipo. Pero otra cosa muy distinta es que esos campos conceptuales tengan una traducción efectiva en el dominio lingüístico, de forma que la principal tarea de la lexemática es comprobar si existen o no los campos léxicos, cuáles son sus límites y como se jerarquizan. Pero para ello hay que partir de la diferencia esencial entre «campos conceptuales» y «campos léxicos», es decir, del dominio extralingüístico y del dominio estrictamente léxico. Un diccionario como el ideológico de Julio Casares (Casares 1988) no deja de ser una espléndida intuición lexicográfica que rompe precisamente con la distribución del léxico mediante criterios alfabéticos, pero su distribución nocional carece de criterios estrictamente semánticos. Sabemos que es una tarea difícil y discutible, pero tenemos que dejar a la propia lengua que nos ilustre sobre su capacidad para dar lugar y articular las nociones tal y como ella misma las expresa. Esto se aprecia especialmente cuando pasamos al dominio de palabras que designan entidades generales, donde debemos poner atención especial y no incurrir en verdaderos anacronismos. Podemos ejemplificar este hecho con dos palabras de uso frecuente, «objeto» y «objetar». Ambas provienen del latín *obiectus*, que, a su vez, está formado por el preverbo *ob-* «de frente a» y por *iacio* «echar». Uno y otro, unidos, vienen a dar la acción de «echar de frente», con respecto a alguna referencia opuesta a lo que se echa. Sabiendo esto, es fácil entender que un «objeto» es aquello que se pone a la vista de alguien. Juan de Valdés propone en su *Diálogo de la lengua* la introducción del término «obiecto» como neologismo en castellano:

«De la lengua latina querría tomar estos vocablos: *ambición, ecepción, dócil, superstición, obieto*. Del cual vocablo usó bien el autor de *Celestina: la vista, a quien obieto no se pone*; y digo que lo usó bien, porque quiriendo decir aquella sentencia, no hallara vocablo castellano con que dezirla, y así fue mejor usar de aquel vocablo latino que dexar de dezir la sentencia, o para dezirla avía de buscar rodeo de palabras.» (Valdés 1976, 137)

Como podemos observar, Valdés sabe que el término como tal aparece ya en *La Celestina*: «la vista, a quien objeto no se antepone, canse, y cuando aquel es cerca, agúzase» (Fernando de Rojas [y «Antiguo Autor»], *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea. Edición y estudio de Francisco J. Lobera et alii*, Barcelona, Crítica, 2000, 31). Finalmente, tenemos aquí la definición que de «objeto» nos da Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*:

**OBJECTO.** Término lógico, latine *OBIECTVM*, id quod sensu aliquo percipitur. Vulgarmente llamamos objeto y **objetar** poner tacha en alguna cosa, que también se llama **objeción**. (Covarrubias 1994 s. v.)

La definición conserva, como podemos observar, su conciencia etimológica, aunque la noción «de frente a» que tiene el preverbio *ob-* no aparece explícita. A su vez, Covarrubias nos da dos nuevos términos derivados de «objeto»: «objetar» y «objeción». En ellos observamos ya el propio uso que nosotros le damos a tales palabras, como cuando hablamos acerca de la «objeción de conciencia». En efecto, el sentido espacial «de frente» puede ser, merced a su posición enfrentada, un medio perfecto para expresar la oposición a algo. El *Diccionario de la Real Academia Española* todavía recoge una suerte de doblete que plantean el antiguo sustantivo «objeto» («Objeción, tacha, reparo») y nuestro popular «objeto» («Todo lo que puede ser materia de conocimiento o sensibilidad de parte del sujeto, incluso éste mismo»). De esta manera, incluso la propia pretensión de objetividad del lenguaje científico se ve impregnada de la metáfora espacial que le brinda la lengua latina. Así pues, a la hora de intentar rastrear el continuo léxico al que se adscribe *obiectum* en latín, tendríamos que dirigirnos a los verbos de carácter espacial, tales como *iacio* o *pono*, camino muy distinto del que nos hubiera marcado el diccionario de Casares, que nos remitiría a la entrada INTENCIÓN. En una segunda etapa de nuestro estudio, podremos incluso aproximarnos a la PROPIA VISIÓN DEL MUNDO que nos ofrece la articulación del léxico de una lengua, idea, por cierto, muy humboldtiana que está presente en la concepción de campo léxico de Trier y de su continuador Weisgerber.

Hagamos un poco de historia tratando sobre algunos aspectos básicos de la teoría del campo, parejos, asimismo, a su propio desarrollo<sup>1</sup>:

- a) La discutida imagen del mosaico (Ipsen).
- b) La familia asociativa y los límites del campo (Saussure).

---

<sup>1</sup> La historia de la investigación sobre el campo léxico aparece magníficamente recogida en Geckeler (1984, 97-210), desde Trier y Weisgerber hasta Eugenio Coseriu.

- c) Los campos semánticos elementales (Porzig) y relaciones sintagmáticas (Coseriu).
- d) La teoría del campo en Trier y Weisgerber: «campo léxico» y «esfera conceptual».

Después, en el apartado 4.2., analizaremos con más detalle la idea de campo léxico que propone Coseriu para, en 4.3., referirnos a la incidencia de los estudios sintácticos.

a) *La discutida imagen del mosaico (Ipsen)*

Hacia 1924, en los albores de la formulación de la teoría del campo, G. Ipsen intentaba superar el mero concepto de asociación semántica con la imagen de una organización léxica reticular, de contornos delimitados, parecida a un mosaico:

(...) como en un mosaico, una palabra se une aquí a la otra, cada una limitada de diferente manera, pero de modo que los contornos queden acoplados y todas juntas queden englobadas en una unidad semántica de orden superior. (Ipsen, *apud* Geckeler 1984, 103)

Como en otras tantas ocasiones de la historia de la lingüística, la idea de considerar los campos léxicos como una retícula en forma de mosaico resulta de una comparación, quizá no demasiado afortunada, pues, por lo que podemos extraer de la investigación semántica empírica, el léxico está muy lejos de ordenarse en una suerte de mosaico o retícula perfecta<sup>2</sup>. Aún así, la comparación sirvió como punto de partida para poder observar que las relaciones entre campos parecen ser, más bien, inclusivas y jerárquicas, de manera que unos campos aparecen dentro de otros, y la ordenación del contenido léxico a veces ofrece lagunas. Esta cuestión pone, asimismo, de manifiesto el delicado asunto de los límites de los campos léxicos, dentro de las diferentes posibilidades de asociación de palabras.

b) *La familia asociativa y los límites del campo (Saussure)*

Los tanteos que Saussure hizo sobre la asociación de palabras en su *Cours* (1916) han tenido, asimismo, cierta trascendencia en los fundadores de la teoría del campo. Como es sabido, Saussure sostiene que hay una «interanimación» en el léxico (Guiraud 1981, 71), que daría lugar a una red asociativa. Es conocido el esquema que trazó en torno a los términos de aprendizaje<sup>3</sup>:

---

<sup>2</sup> «(...) debe sustituirse de una vez para siempre la imagen del campo como un mosaico, en el que las palabras estarían situadas estáticamente con límites muy precisos, a la manera de las teselas, que si bien Trier citó en la introducción de su obra de 1931, posiblemente bajo la influencia de Ipsen, no volvió a mencionarla luego en sus escritos posteriores. Si hubiera que emplear alguna imagen puede acudir a la de los núcleos estrellados, en los que los puntos de unos pueden engarzarse con los de otros, con lo que se representarían las fuertes interferencias existentes entre los distintos campos.» (Martínez Hernández 1997, 195).

<sup>3</sup> Utilizamos el cuadro equivalente de Amado Alonso en castellano (Saussure 1980, 177, n. 70bis).

ENSEÑANZA			
enseñar	aprendizaje	matanza	lanza
enseñamos	educación	templanza	balanza
etc.	etc.	etc.	etc.

Saussure establece, pues, cuatro tipos de asociación léxica con el término «enseñanza»: por la raíz («enseñar»...), por la analogía de los significados («aprendizaje»...), por su sufijo («matanza»...) y por su forma acústica («lanza»...). Este tipo de asociación léxica múltiple no es, en principio, un campo semántico, y plantea el problema de los límites de tal asociación. Como bien señala Geckeler (1984, 105), «encontramos aquí una idea que es irreconciliable con la teoría del campo: "les termes d'une famille associative ne se présentent ni en nombre défini, ni dans un ordre déterminé..."».

c) *Los campos semánticos elementales (Porzig) y relaciones sintagmáticas (Coseriu)*

Los «campos semánticos elementales» (1934) de W. Porzig suponen un interesante tipo de relación léxica, si bien no se corresponden con la idea de campo que vamos a desarrollar después. Porzig propuso la existencia de unas «relaciones semánticas esenciales» entre palabras como «coger»-«mano», «ver»-«ojo», «oír»-«oído», o «ladrar»-«perro» (Geckeler 1984, 109). Si bien no se trata de la teoría de campo propiamente dicho, esta propuesta ha tenido buena acogida en la teoría semántica, como lo demuestra el hecho de que sea la base de las «estructuras sintagmáticas» de Coseriu que hemos revisado anteriormente (3.3.). Este tipo de estructuras puede explicarse en términos de SOLIDARIDADES LÉXICAS (Coseriu 1986, 153), donde uno de los dos términos es el determinante y el otro el determinado, variando el tipo de determinación entre ambos. De esta forma, según se hable de una clase (3.4.), un archilexema (4.2.) o un lexema tendremos tres tipos de estructura sintagmática diferentes:

- i) En la afinidad es la clase léxica la que determina la solidaridad. De esta forma, por ejemplo, el verbo *nubo* en latín implica nombres contenidos en la clase «mujer», así como *senex* implica la clase +humano.
- ii) En la selección, es el archilexema el rasgo distintivo que entra en juego; de esta forma, los sustantivos que presentan en alemán el archilexema «vehículo» («barco», «tren», etc.) seleccionan el verbo *fahren*.
- iii) Por último, en la implicación es simplemente un lexema el determinante; de esta forma, los adjetivos «alazán» o «bayo» en castellano sólo se aplican al lexema «caballo».

Se trata, en definitiva, de relaciones elementales donde, según Trier (*apud* Geckeler 1984, 108-109) hay un principio de organización de léxico, pero no articulación, que será uno de los conceptos fundamentales para poder concebir la idea de campo.

d) *La teoría del campo en Trier y Weisgerber: «campo léxico» y «esfera conceptual»*

J. Trier y L. Weisgerber han pasado a la historia de la semántica como los verdaderos fundadores de una teoría estructurada del campo léxico. Como señala Geckeler (1984, 118), el nexo común entre ambos semantistas está en el concepto de articulación lingüística, tomado de W. von Humboldt, lo que unido a la idea de Saussure de que la lengua es un sistema permite formular el campo léxico como una ESTRUCTURA<sup>4</sup>. «La idea de Trier, como la de Weisgerber», observa Guiraud (1981, 72), «es que nuestros conceptos abarcan todo el campo de lo real, como las piezas de un rompecabezas, sin dejar huecos y sin traslaparse», por lo que «todo cambio en los límites de un concepto acarrea una modificación de los conceptos vecinos, y, de rechazo, de las palabras que los expresan». Los campos, asimismo, se ordenan de acuerdo con relaciones de coordinación o jerarquización, lejos ya de la primera imagen del mosaico.

Trier parte de un estudio acerca del vocabulario del entendimiento en alemán (cf. Guiraud 1981, 72-75), observando cómo la modificación de un término implica un cambio en los términos vecinos, así como de las palabras que expresan tales conceptos. La elección del estudio de los vocablos del entendimiento no fue casual, pues Trier considera que el dominio abstracto es más propio para el estudio de los campos léxicos, mientras que el dominio de lo concreto resulta más adecuado para el estudio onomasiológico (Geckeler 1984, 121). Si bien no hemos querido entrar en esta cuestión al tratar acerca de la diferencia entre semántica bipolar y semántica tripolar en el Capítulo 2, nos parece una cuestión harto compleja básicamente por dos motivos:

- Por una parte, si reducimos el léxico que se refiere a entidades materiales y concretas exclusivamente a lo onomasiológico, lo estamos considerando como una simple terminología nomencladora donde cada designado tiene un significante preciso y unívoco, algo que no es cierto en la práctica. Incluso el léxico más específicamente nomenclador, como es el caso de las terminologías científicas, puede presentar en ocasiones aspectos propios del léxico funcional.
- Por otra parte, como tenemos ocasión de ver en los análisis etimológicos y también comprobaremos en algunos resultados de la lingüística cognitiva, la frontera entre el léxico concreto y el léxico abstracto no es unívoca.

Weisgerber, por su parte, enriqueció la teoría observando que la idea de campo conlleva el descubrimiento de una visión lingüística del mundo. Además, consideró la importancia específica del estudio del vocabulario frente al tradicional análisis gramatical y aportó a la estructura del campo léxico la idea de dimensión, estableciendo, básicamente, dos tipos de campo: los

---

<sup>4</sup> «Una variante peculiar del estructuralismo se formó en Alemania, donde ante todo Leo Weisgerber unió en su teoría las tesis principales de F. de Saussure con algunas teorías de W. von Humboldt, creando así una nueva corriente conocida bajo el nombre de *neohumboldtismo*;» (Cerny 1998, 206).

unidimensionales y los pluridimensionales. Singularmente interesante y productiva es su formulación de la «esfera conceptual» frente al «campo léxico», conceptos ambos que Weisgerber asocia con la concepción humboldtiana de *energeia* frente a *ergon*, o de análisis energético (rendimiento) frente a análisis estático (contenido). Así, mientras el campo léxico delimita el contenido por medio de una misma clase de palabras, la «esfera» utiliza todos los medios léxicos a su alcance. Según lo dicho, el «campo» y la «esfera» léxica suponen dos criterios metodológicos distintos, pero complementarios, y será el tipo de concepto que queramos estudiar el que determine el uso de uno u otro tipo de estructuración (Martínez Hernández 1997, 194).

Pasamos ahora a analizar el campo léxico tal y como se concibe desde la lexemática estructural.

#### **4.2. Archilexema, oposiciones y dimensiones: el campo léxico desde la lexemática estructural**

Coseriu (1986, 146) define el campo léxico como «un paradigma léxico que resulta de la repartición de un contenido léxico continuo entre diferentes unidades dadas en la lengua como palabras y que se oponen de manera inmediata unas a otras, por medio de rasgos distintivos mínimos». Los campos léxicos, así concebidos, son análogos a los sistemas de consonantes y vocales de la fonología y, por tanto, analizables en rasgos distintivos (Coseriu 1986, 171). En opinión de Geckeler (1984, 211-212), la aportación fundamental de Coseriu a la teoría del campo ha sido la de ofrecer un método estructurado que permita la legitimación de este tipo de estudios en lingüística:

Uno de los mayores defectos de toda la labor realizada hasta ahora con campos léxicos está en la falta de un método, de una técnica lingüística con procedimientos lingüísticos. Puesto que no existe ningún método de campo bien elaborado, las investigaciones se han movido fundamentalmente sobre bases intuitivas. Por tanto, para que la teoría del campo sea definitivamente legitimada en lingüística, necesita de un método. La creación de un método tal constituye desde hace años el propósito de E. Coseriu en el marco de sus esfuerzos por crear una semántica estructural.

Los aspectos más importantes de la teoría del campo de Coseriu pueden resumirse en tres:

- a) Lexema, archilexema y sema.
- b) Oposiciones graduales, equipolentes y privativas.
- c) Las dimensiones.

Veamos con más detenimiento cada uno de estos aspectos:

a) *Lexema, archilexema y sema* (Coseriu 1986, 171ss.)

Cualquier unidad de contenido léxico expresada en el sistema lingüístico es un lexema. De esta forma, tanto *operio*, como *amicio*, o *induo* son lexemas, pues cada uno de los verbos expresa un contenido lingüístico determinado («cubrir», «poner en derredor» y «poner introduciendo», respectivamente). Por su parte, cuando una unidad tiene un contenido común al de dos o más unidades de un campo, o bien de todo un campo léxico, podemos hablar de archilexema<sup>5</sup>. Esto ocurre con *tego*, que presenta un contenido común al de *operio* y *saepio*:

CONTENIDO COMÚN		SEMAS ESPECÍFICOS	
TEGO		<i>Operio</i>	<i>Saepio</i>
«cubrir»		«cubrir tapando»	«cubrir cercando»

Finalmente, los rasgos distintivos que entran en juego para distinguir unos lexemas de otros se denominan «semas». Por no salir de los ejemplos antes referidos, *operio* y *saepio* presentan semas distintos sobre su base léxica común («cubrir»), que son, respectivamente, «tapar» y «rodear». Con ello, entramos ahora en otra de las ideas básicas para establecer los campos léxicos, como es el estudio de los distintos tipos de oposiciones habidas entre los lexemas.

b) *Oposiciones graduales, equipolentes y privativas*

Dentro de la metodología para el estudio de los campos propuesta por Coseriu debe destacarse su énfasis en la estructura interna de éstos, de manera que los campos deben entenderse como «estructuras» cuyo carácter es lexemático (Coseriu 1986, 212-215). Así pues, el estudio de los campos y su tipología debe fundarse, para empezar, en una clasificación de las oposiciones lexemáticas, que son de tres tipos, al igual que en la Fonología: «graduales», «equipolentes» y «privativas» (Coseriu 1986, 40-42). Tal criterio es muy importante para la configuración de los campos, pues supone el punto de partida para llevar a cabo su estructuración. Veamos ejemplos de cada oposición:

- oposición gradual, que presenta diferentes grados de una misma cualidad (cf. la «antonymy» de Lyons 1979, 476-478):

*parum ornatus* — *satis ornatus* — *nimis ornatus*

- oposiciones equipolentes, donde cada término presenta su propio rasgo distintivo:

*amicus* / *calciatus*  
/totalidad/ / /parte del cuerpo/

<sup>5</sup> El término «archilexema» es un término paralelo al de «archifonema». Si este segundo resulta de la neutralización de una oposición (p. e., m/n en posición final del palabra), el archilexema es, asimismo, el resultado de la neutralización de una oposición de rasgos semánticos.

- oposición privativa, en la que tan sólo uno de los términos de la oposición presenta el rasgo distintivo pertinente y el otro término se opone según éste, o se muestra indiferente a tal rasgo:

*vestio* (no marcado) / *orno* (marcado) / intencionalidad/  
*induo* (no marcado) / *amicio* (marcado) / en derredor/

c) *Las dimensiones*

Sin embargo, el criterio de las oposiciones es insuficiente para esclarecer la estructura global del campo léxico, pues es necesario, sobre todo, conocer la «realidad» extralingüística que tales oposiciones conforman desde el punto de vista semántico. Para ello, debemos atender, fundamentalmente, al número de «criterios semánticos» (o «dimensiones») que funcionan en los campos. Las dimensiones suponen la subdivisión principal del campo, como parcelas en torno a las que se agrupan los lexemas con ciertas características comunes. Por otra parte, las dimensiones son el criterio por el que se establecen las oposiciones lexemáticas, tal y como las define Coseriu<sup>6</sup>:

Una dimensión es el punto de vista o el criterio de una oposición, es decir, en el caso de una oposición lexemática, la propiedad semántica a la que esta oposición se refiere: el contenido con respecto al cual ella se establece y que, por lo demás, no existe —en la lengua considerada— sino en virtud, precisamente, del hecho de que a él se refiere una oposición, o sea, del hecho de que es el soporte implícito de una distinción funcional. (Coseriu 1986, 217)

En lo que respecta a grupos de verbos como los *verba docendi*, *verba dormiendi*, o *cibandi*, podemos rastrear, en principio, una dimensión a partir de los clasemas «causativo»/«no causativo» (3.4.) que pueden entenderse como el soporte según el cual se configuran los campos léxicos citados:

DIMENSIÓN CAUSATIVA	DIMENSIÓN NO CAUSATIVA
<i>doceo</i>	<i>disco</i>
<i>sopio</i>	<i>dormio</i>
<i>cibo, pasco</i>	<i>vescor, edo</i>

Su consideración como «dimensiones» es lo que convierte a estos clasemas en el «criterio» de oposición de los campos de «enseñar», «dormir» y «alimentar». Veamos ahora más

<sup>6</sup> Hay evidentes puntos de contacto entre esta concepción de Coseriu y la propuesta de Weisgerber, quien nos dice que «hay que destacar los puntos de vista que desempeñan un papel en la estructuración lingüística de una esfera vital» (*apud* Geckeler 1984, 129).



concretamente cómo se reparte el campo léxico de «dormir» en torno a las dos dimensiones propuestas (García Hernández 1984):

DIM. CAUSATIVA		DIM. NO CAUSATIVA			
«ingresivo»	«desiderativo»	«ingresivo»	«progresivo»	«resultativo»	«locativo»
<i>consopio</i> ( <i>opsopio</i> )	<i>dormito</i>	<i>obdormisco</i> ( <i>addormisco</i> ) ( <i>dormisco</i> ) ( <i>obdormio</i> )	( <i>perdormisco</i> ) ( <i>prodormio</i> )	( <i>edormisco</i> ) ( <i>edormio</i> )	<i>indormio</i>
<i>SOPIO</i>  ( <i>soporo</i> )		( <i>addormio</i> )  ( <i>indormio</i> ) ( <i>indormisco</i> )		<i>DORMIO</i> «iterativo» ( <i>redormio</i> )	
		«puntual» <i>condormisco</i> ( <i>condormio</i> )			

De esta forma, a partir de los criterios fundamentales, es decir, la dimensión causativo/«no causativo», se articula el resto de estructuras, constituidas, básicamente, por los distintos grados de la acción no causativa de dormir. Estos criterios han servido para dar lugar, en la práctica, al estudio de una serie de campos y grupos lexemáticos dentro de la lengua latina. El propio García Hernández ha estudiado los verbos de «ver» y «oír» (García Hernández 1976 y 1977b) y diferentes discípulos suyos han investigado en otros campos léxicos, predominantemente verbales. De esta forma, tenemos el estudio de López Moreda (1987) sobre los grupos lexemáticos de *facio* y *ago*, el de Pilar Muro (1989) acerca de los verbos de la «combustión», el de Sánchez Manzano (1991) sobre los verbos de «matar» y «morir», el de Domínguez Domínguez (1995) acerca de los verbos de «encontrar», el de Delgado Santos (1996) para los verbos de «aprehensión», el de Martín Rodríguez (2000) sobre los verbos de «dar» y el de García Jurado (1995) acerca de los verbos de «vestir». Por su parte, López Gregoris (2002) y González Vázquez (en prensa) han trabajado en el *sermo amatorius* y el léxico teatral, respectivamente.

#### 4.3. El estudio sintáctico y los campos léxicos

Además de los criterios puramente lexicológicos que hemos venido estudiando, es oportuno revisar otros procedimientos especialmente pensados para el estudio de los verbos y que pueden ayudarnos, igualmente, a la hora de estructurar y justificar los campos léxicos. Vamos a revisar dos procedimientos utilizados por escuelas diversas a la hora de estudiar aspectos sintácticos que guardan relación con las características léxicas de un predicado verbal. La sintaxis

y la lexicología utilizan este procedimiento, aunque los fines no sean siempre los mismos. En lo que a la complementación concierne, no sólo son pertinentes las características léxicas del predicado verbal, sino que también lo son las de los propios elementos nominales que de él dependen. Por ello, vamos a dividir este estudio en dos partes, que son a) La complementación sintáctica y b) El léxico de los argumentos. Veamos cada uno de ellos:

a) *La complementación sintáctica*

La complementación sintáctica de un predicado arroja datos semánticos significativos para el estudio léxico y la conformación, *a posteriori*, de posibles estructuras léxicas. La lexicología, por lo demás, tiene muy en cuenta la complementación de los verbos para llevar a cabo sus análisis<sup>7</sup>. Pero, en lo que se refiere al planteamiento de estructuras léxicas, la actitud ante la distribución sintáctica es diversa. Así, en líneas generales, mientras el estructuralismo de corte coseriano entiende que el significado es un hecho nocional (Coseriu 1986, 16-17 y 196-203), del que se derivan las posibles distribuciones, los estudiosos de los hechos de distribución, como Apresjan (1978), consideran que el significado y la conformación de campos léxicos depende, en definitiva, de tales hechos distribucionales. Dentro de esta segunda línea de trabajo, Apresjan nos presenta un buen ejemplo de estudio distribucional para la estructuración de los campos semánticos, en un intento por dar cuenta de ellos no sobre una base conceptual, sino a partir de criterios meramente lingüísticos. La agrupación de lexemas, cuya justificación es uno de los grandes problemas de la lexicología, en especial si no están emparentados etimológicamente, viene dada en este caso por la afinidad de sus complementaciones sintácticas. De esta forma, Apresjan (1978, 61) establece una correspondencia biunívoca entre ciertos significados y ciertas distribuciones sintácticas. Los campos semánticos, así considerados, presentan un carácter muy general, tales como el campo de «causatividad, impulso» (Apresjan 1978, 74), o el de «fuerza física que obra sobre un objeto acompañada de un cambio de estado» (Apresjan 1978, 68). Apresjan reconoce que no todos los campos pertenecen al mismo nivel, pues unos presentan modelos sintácticos poco frecuentes que los hacen más detallados, y otros características tan generales que los ponen muy cerca del nivel gramatical (Apresjan 1978, 70). No obstante la precisión, resulta llamativo que los dos últimos campos citados sean, en la teoría de Coseriu, clases léxicas, con una entidad bien distinta a la de los campos léxicos considerados en su mismo planteamiento teórico<sup>8</sup>. Así, en la teoría coseriana, los términos pertenecientes a una

---

<sup>7</sup> En este sentido, uno de los problemas más tratados por la actual lexicología es el de los fenómenos de intransitivación de los verbos en latín tardío.

<sup>8</sup> «Las clases no deben confundirse con los campos léxicos: un campo léxico es un contenido léxico continuo, condición que, en cambio, no es necesaria para una clase» (Coseriu 1986, 147). Nos parece pertinente reproducir la crítica que hace Martínez Hernández (1997, 196-197) de este método: «Al no partir de un concepto (...) algunos autores pretenden establecer el campo a base del método meramente formal de la distribución, tal como la practica Apresjan y algunos estructuralistas norteamericanos. Ahora bien, definir el campo como conjunto de "todas las palabras de una sola clase que tienen una distribución idéntica", creemos que desvirtúa la idea originaria de esta teoría.»

clase tienen un rasgo semántico en común, pero no obligatoriamente una base nocional común, y esta es una distinción clave y muy pertinente para la semántica. De esta forma, verbos como *doceo*, *cibo*, o *sopio*, tienen en común el rasgo de la causatividad, pero pertenecen, respectivamente, a nociones diferentes, la de enseñar, alimentar y dormir, respectivamente. Son estas esferas conceptuales las que plantean los problemas de estudio, pues en ellas concurren los verbos que de una manera genérica pueden denominarse «verbos de» (verbos de ver, verbos de matar, de vestir, etc.), con complementaciones sintácticas no necesariamente iguales, y que conforman, o al menos así nos parece, un «continuum significativo». Parece, pues, que estamos ante una suerte de dialéctica entre la base nocional común y la predicación de los verbos, cuando ésta no es homogénea en un conjunto de verbos nocionalmente afines. Dentro de una línea de investigación meramente sintáctica, encontramos trabajos de diverso tipo que a menudo estudian verbos de una determinada esfera conceptual, pero con complementaciones sintácticas que no son del todo iguales. Precisamente, las diferencias sintácticas permiten observar importantes contrastes en el comportamiento de los verbos que pueden ser aprovechados por los lexicólogos. A este respecto, viene al caso el estudio de las alternativas léxicas (cf. 2.1.), aunque su relevancia en los estudios de sintaxis afecte a los aspectos pragmáticos de la lengua (Bolkestein-Risselada 1987, 509-510). Las alternativas léxicas expresan un estado de cosas («state of affairs») igual o similar, y se distinguen por la diferente posición que asignan a sus constituyentes para desempeñar la función de objeto:

privo te aliqua re  
adimo aliquam rem tibi

Entre *privo* y *adimo* hay una estrecha relación temática, al margen de que también pueda haberla conceptual. El estudio de las alternativas léxicas parte del problema de las distintas perspectivas presentadas por la voz activa/pasiva (*fugo/fugor*), que pueden verse asimismo plasmados esporádicamente en el léxico, así entre *fugo* y *fugio* o entre *do* y *accipio*. Desde el punto de vista semántico, estos tipos de verbos se estudian como relaciones léxicas, que responden a los «converse terms» de Lyons (1977) o a los términos complementarios de García Hernández (1980) (cf. 3.4.):

do vestem tibi.—accipis vestem

Así pues, la asociación de predicados desde un punto de vista léxico precisa de una complementación similar o bien de una relación temática clara, para justificar la relación de contenido. Desde un punto de vista sintáctico, pero con objetivo lexicológico, ensayamos en otro trabajo un sistema semántico de los *verba vestiendi* (García Jurado 1995c, 15-20) sobre el estudio de los participios de pasado de *induo*, *vestio* y *orno* «vestir de especial manera». Aprovechábamos así una base nocional común clara y concreta, como es la acción de vestir.

La perspectiva del contexto distribucional en latín arcaico da como resultado una serie de datos sintácticos relevantes, entre los cuales el dato clave va a ser la importante restricción del p. p. *indutus* a la hora de combinarse con adverbios de modo o presentar usos absolutos (*indutus bene* o *\*indutus*), a lo que se une la obligatoriedad de presentar complementos de prenda, ya en acusativo (*indutus vestem*), o bien en ablativo (*indutus veste*). Frente a ello, *vestitus* y *ornatus* presentan normalmente combinaciones con adverbios de modo (*vestitus-ornatus bene*), o bien usos absolutos. Estos hechos sintácticos hacen posible una distribución de los tres verbos estudiados de acuerdo con dos tipos de información diferente acerca del acto de vestir:

- i) Información acerca de las prendas que se llevan (¿qué?). *Induo*, junto con *amicio*, va a ser el verbo que presente la tendencia más pronunciada a expresar este tipo de información:

**«¿QUÉ LLEVA PUESTO?»**

*Induo*: *Quid erat indutus?*  
*vestio* (*orno*): *\*Quo erat vestitus?*  
*Ornatus*

- ii) Información acerca de la manera de vestir (¿cómo?). *Orno* y *vestio* serán, en este caso, los verbos que pueden expresar la información sobre la manera de vestir. *Induo* no puede aparecer en este uso:

**«¿CÓMO VA VESTIDO?»**

*orno* (*vestio*): *Vt/quomodo erat ornatus?*  
*Vestitus*  
*induo*: *\*Vt/quomodo erat indutus?*

b) *El léxico de los argumentos*

No sólo el tipo de complementación, sino también el léxico de los elementos que dependen de los predicados, derivados precisamente de esa complementación, es pertinente para el estudio de las estructuras léxicas. Este criterio, que también es común a la sintaxis<sup>9</sup>, supone un

<sup>9</sup> Un buen ejemplo de este tipo de análisis desde el punto de vista de la sintaxis es el de Villa (1991), quien ha estudiado, junto a las restricciones del predicado sobre los elementos que de él dependen, las que presentan también los mismos elementos nominales, para ver así los cruces que entre ambos tipos de restricciones se producen. Para ello, ha revisado el caso concreto de gr. upó + dat., cuyas dos realizaciones, «función fuer-

análisis inverso al que hemos visto en el apartado anterior y los resultados que arroja sobre la estructura léxica son también diferentes. Dados dos análisis distintos del léxico, hemos observado que pueden implicar asimismo diferentes tipos de estructura léxica. Veamos un ejemplo del segundo tipo de análisis también dentro de los verbos de vestir. Dados dos verbos con complementación obligatoria de prenda, como *induo* y *amicio*, adscritos, según el primer análisis, a un tipo de información concreto, el análisis léxico del complemento es un buen criterio sintagmático para establecer el tipo de oposición que mantiene uno con respecto al otro: de esta forma, *induo* («poner una prenda introduciendo el cuerpo en ella») no sólo se combina con prendas como la *tunica*, sino también con prendas como la *toga*; frente a ello, *amicio* («echar una prenda por ambos hombros») se combina exclusivamente con prendas como la *toga* (García Jurado 1995a, 37-50):

- Indutus* — *tunica* (todas las prendas y objetos donde se introduce el cuerpo)  
 — *toga* (todas las prendas que rodean al cuerpo)  
*Amictus* — *toga* (todas las prendas que rodean al cuerpo)

Esta circunstancia permite establecer una oposición privativa entre *induo* (en calidad de término no marcado que puede hacer las veces de *amicio*) y *amicio* (en calidad de término marcado).

Así pues, mientras el análisis de la complementación verbal concierne a aspectos generales de la semántica de los verbos (la transitividad, la causatividad), el estudio del léxico de los elementos nominales da lugar generalmente a estructuras léxicas de carácter más concreto (p. e. una oposición privativa cuyo rasgo distintivo concierne de manera particular a un campo léxico).

A results de la combinación de ambos criterios podemos establecer para los *verba vestiendi* la siguiente estructura de campo:

---

za» o «función ubicación», dependen del rasgo /dinamicidad/ del predicado verbal, pero también dependen del contenido léxico de los sustantivos que forman parte del SP., concretamente del rasgo /actividad/ /animación/:

	CONTENIDO	FUNCIÓN
VERBAL	/-din/	Ubicación
NOMINAL	/+activo/ /+animado/	Fuerza
	/-activo/	Ubicación

Este tipo de estudio está encaminado a los rasgos léxicos de carácter general más que a los lexemas, por lo que no afecta a nuestro asunto concreto de las estructuras léxicas. No obstante, su consideración de los elementos que dependen del predicado dentro del estudio semántico de aquellos tiene gran interés para nuestro estudio.

I. INFORMACIÓN SOBRE LA MANERA DE VESTIR	II. INFORMACIÓN SOBRE EL TIPO DE PRENDA			
<p><i>VESTIO</i>  <i>orno</i>  <i>verba tegendi: tego, operio</i></p> <p>Expresión de la intensidad                      — por medio léxicos  <i>verba tegendi y verba orandi</i>                      — por medio de adverbios  <i>satis, nimis</i>                      — por medio de preverbios  <i>exomo</i>  <i>contego, convestio</i>  <i>intego, incingo, investio</i></p>	<p><b>Prendas y verbos</b></p> <table border="0"> <tr> <td data-bbox="618 345 875 689"> <p>I. «En derredor»  <i>AMICIO</i>  <i>redimio</i>  <i>velo (poet.)</i>  <i>circumdo</i>                      (cingo)  <i>involve</i></p> </td> <td data-bbox="875 345 1132 689"> <p>II. «Intromisión»  <i>INDVO</i>  <i>inicio</i>  <i>insterno</i></p> </td> </tr> </table>		<p>I. «En derredor»  <i>AMICIO</i>  <i>redimio</i>  <i>velo (poet.)</i>  <i>circumdo</i>                      (cingo)  <i>involve</i></p>	<p>II. «Intromisión»  <i>INDVO</i>  <i>inicio</i>  <i>insterno</i></p>
<p>I. «En derredor»  <i>AMICIO</i>  <i>redimio</i>  <i>velo (poet.)</i>  <i>circumdo</i>                      (cingo)  <i>involve</i></p>	<p>II. «Intromisión»  <i>INDVO</i>  <i>inicio</i>  <i>insterno</i></p>			

El análisis de la complementación sintáctica nos ha permitido establecer las dimensiones acerca de la información sobre la manera de vestir y sobre el tipo de prenda. Por su parte, el análisis del léxico de los argumentos del predicado en aquellos verbos que presentan complementación obligatoria de prenda nos permite establecer las dimensiones «en derredor» e «intromisión». El resultado es un conjunto heterogéneo de verbos procedentes de raíces muy diversas que confluyen en la acción de «vestir». Queda, una vez más, que nos hagamos la pregunta fundamental: ¿se trata de un campo léxico, es decir, de una estructura léxica compleja con una entidad lingüística propia? La cuestión de la indelimitación de las fronteras del campo sería, desde las nuevas aproximaciones cognitivas, un excelente ejemplo de categorización de la realidad a partir de efectos prototípicos (los archilexemas) y de semejanzas de familia. A este aspecto de lo cognitivo es a lo que vamos a dedicar el siguiente y último capítulo.

<sup>10</sup> Es posible que en latín arcaico hubiera un verbo *vescor* con el sentido de «vestirse» que precisara, al igual que *induo*, de un complemento de prenda obligatorio. Los únicos datos que tenemos de este verbo los proporciona Nonio Marcelo (Non. p. 670L).